

RADUAN NASSAR
Una niña en camino

TRADUCCIÓN DE ELENA LOSADA

narrativa **el** piso

Una niña en camino

Una niña en camino

RADUAN NASSAR

TRADUCCIÓN DE ELENA LOSADA SOLER

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Menina a caminho

Copyright © RADUAN NASSAR, 1997

Publicado originalmente por COMPANHIA DAS LETRAS, São Paulo

Primera edición: 2020

Traducción

© ELENA LOSADA SOLER

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V. , 2020

América 109

Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación

GRAFIME

ISBN : 978-84-17517-96-0

Impreso en España



BIBLIOTECA NACIONAL



Obra publicada com o apoio da Fundação Biblioteca Nacional

Obra publicada con el apoyo de la Fundación Biblioteca Nacional

ÍNDICE

[Una niña en camino](#)

[Hoy de madrugada](#)

[El vientre seco](#)

[A eso de las tres](#)

[Manitas de seda](#)

[El viejo](#)

[Crisantemos](#)

UNA NIÑA EN CAMINO

Para Laura de Souza Chauí Al salir de su casa, la niña camina sin prisa, anda descalza en medio de la calle; a veces se desvía ágil para espantar a las gallinas que picotean la hierba que crece entre las piedras de la cuneta. El vestido casero, cosido probablemente con dos retales, cubre su cuerpo delgado como un tubo; la falda es de un paño grueso y descolorido; la blusa es de raso, de fondo negro y brillante, con un enorme estampado chillón de vivos colores, tan grande que sobre el pecho liso de la niña sólo se ve un trozo de hoja tropical. Debe de dormir y despertar, día tras día, con las mismas trenzas, unos restos aplastados. Una de ellas, deshilachada, se sostiene con dos horquillas que casi naufragan, ya casi deshecha; los mechones de la otra están mal sujetos en lo alto por un lazo sucio que cae como una flor marchita sobre su frente. Mientras se relame al andar las fibras de mango pegadas al círculo amarillo y pegajoso alrededor de su boca, la niña olvida por un momento las otras distracciones de la calle hasta que se acerca a una pequeño tumulto frente a la máquina de trillar arroz; tres chiquillos salen por la puerta grande del almacén arrastrando cada uno un saco de paja.

«Quinzinho sólo ha llevado dos sacos hasta ahora», refunfuña uno de los chicos.

«Pero nos va a prestar el uniforme de cuando era *boy scout*», dice el segundo.

«¿Y qué? Mi hermana Lena nos va a prestar dos disfraces, uno de bahiana y otro de hawaiana, y yo ya he llevado seis sacos, con éste siete...».

La niña se queda pasmada siguiendo clandestinamente aquella disputa, nota un entusiasmo gozoso escondido tras la discusión.

«Creo que es mejor que dejes de protestar», recomienda el tercer chiquillo.

Descalzos, sin camisa, con el cuerpo encorvado por la carga, los chicos arrastran los sacos, que estiran por uno de los extremos, como si les tirasen de la oreja. Y la paja, con ese movimiento que a veces se atasca, va hinchando cada vez más la abultada barriga de los sacos. Al pasar por el suelo de tierra, uno de los chicos ve a la niña en cuclillas, observándolos por debajo de la panza curva de un caballo cuyas riendas están amarradas a una de las argollas de plomo. Los tres chicos se paran.

«El circo es hoy, en casa de Dinho», grita uno de ellos agachándose para toparse con los ojos de la niña bajo la barriga del caballo.

La niña vislumbra el fondo oscuro de un patio, un gran círculo acolchado de paja de arroz, velas encendidas sobre las estacas, los trabajadores del circo, los niños trapecistas, y sus ojos brillan de emoción.

«Son diez céntimos», dice Dinho agachándose también.

Zuza, el mozalbete que pasa por la acera de enfrente con una pelota de cuero bajo el brazo, afloja el paso y se dirige al centro de la calle: «¿En casa de quién es el circo?», pregunta.

«En la mía», dice Dinho.

«¿Y quién trabaja en ese circo?».

«Nosotros, y Quinzinho, y Tuta e Iracema, que cantarán “Un carro de bueyes”, y Eunice...».

«Nice no va a ir», interviene uno de los chicos. «Su madre dice que la otra vez le pasó aquello...».

«¿Qué es “aquello”?», pregunta Zuza maliciosamente.

«¡Venga, ya lo sabes!».

Zuza hincha el pecho, lleno de sí, mientras el chico le advierte con miedo: «La madre de Dinho ha dicho que quien tenga más de doce años esta vez no entra, sólo Quinzinho, Quinzinho va a prestar...».

«¡Cierra el pico, gordito!».

El chiquillo se calla y clava los ojos en el suelo. Zuza hace una mueca: «¡Qué birria de circo...! ¡Y Quinzinho que no se ponga chulo conmigo!», dice despechado y, soltando de repente la pelota de cuero, hace una parada con el pecho y la pisa con el pie derecho. Con los brazos libres compone en un instante el gesto: «Yo no pienso entrar en ese circo», dice moviendo el brazo lentamente arriba y abajo, tieso por el corte de mangas que hace con los ojos llenos de descaro.

«¡Aquí yo no entro, eh, no entro!».

La niña abre los ojos como platos y sigue con aprensión la amenaza del chaval. Los tres chiquillos ni se mueven y, a sus pies, uno tras otro, caen los tres sacos, vomitando paja por la boca abierta, como si les hubieran dado un golpe violento en la barriga.

«¡Zuza! ¡Zuza!».

Zuza deja *ipso facto* de hacer el corte de mangas. Coge disimuladamente la pelota y mira.

«Zuza, ven para acá».

Apoyada sobre un almohadón de satén azul, en el alféizar de una ventana alta, doña Ismênia, rolliza, muy pintada, disfruta de la primera sombra que ya roza su casa y agita la mano llamando a Zuza. El chico baja de la acera mientras los tres chiquillos, sin más dilación, recogen los sacos por un extremo y se largan rápidamente de allí, dejando en el suelo tres marcas circulares de paja amarilla, como si fuesen tres yemas enormes cociéndose al sol. Zuza sube a la otra acera desmañado y alza los ojos hacia la ventana.

«Pero Zuza, ¿no hace ni una semana que has empezado a trabajar y ya estás ganduleando?», dice doña Ismênia con los ojos juguetones, la cara coloreada como el trasero de un mandril.

Zuza sigue mirando hacia arriba, la pelota de cuero en el arco del codo.

«¿Tienes el día libre, Zuza?».

«Sí», responde azorado.

«¿Es cierto que don Américo ha cerrado el almacén?».

«Sí, es cierto».

«¿Y sabes por qué?».

«Don Américo me ha mandado cerrar las puertas y yo las he cerrado no hace ni media hora».

«¿Y por qué?».

«Dijo que era por el calor y que yo podía irme».

«¡Qué!».

Otra mujer, medio escondida detrás de la cortina, recogida hacia uno de los lados, pellizca el muslo grueso de do-

ña Ismênia, que sofoca un chillido volviendo la cara y ampliando la sonrisa. Se apoya de nuevo en el almohadón. Sus senos blancos como la leche, explosivos, que casi se escapan por el canalillo del escote, turban aún más al muchacho.

«Dime una cosa, Zuza, ¿qué es eso que andan diciendo del hijo de don Américo?».

El bulto tras la cortina ya no mantiene el decoro, estalla, sin dar la cara, en una carcajada, mientras doña Ismênia, muerta de risa, se agita tanto en la ventana que parece que va a vomitar una mazorca. Zuza también se ríe, sin saber por qué, las mejillas le arden, pero la algazara incomprensible de las dos mujeres se extingue poco a poco.

«¿Puedo hacerte otra pregunta, Zuza?».

«Claro».

«Dime una cosa más, ¿quién te ha enseñado a hacer cortes de mangas así?»., pregunta doña Ismênia, acentuando la malicia, al tiempo que se atraganta con un nuevo ataque de risa. «¡Ya vale, Mênía! Pobrecillo...», dice la voz tras la cortina «El corte de mangas que haces está muy bien, Zuza...», añade doña Ismênia, alimentando la hoguera de risa. Se menea de nuevo en la ventana, haciendo temblar los senos de gelatina, llora de tanto reír, después suelta un gritito por el pellizco que recibe otra vez en el muslo. Termina extenuada: «¡Ufff!». «Ay, Mênía, ¡qué vergüenza...!», dice la voz tras la cortina.

Zuza arde de sonrojo, las orejas como una hoguera.

«Eso es todo, Zuza», remata doña Ismênia entre suspiros.

Zuza sigue mirando hacia arriba.

«Eso es todo», dice apartándose, desviando la mirada y canturreando bajito: «larará, larará, larirí...».

Se dirige de nuevo al muchacho: «¿Tu madre está bien, Zuza?».

«Sí, está bien».

«Dale recuerdos».

«Dale recuerdos», repite doña Ismênia viendo que Zuza no se va. Detrás de la cortina, una risita, como un maullido, aparece y desaparece.

«Hasta luego, doña Ismênia», dice finalmente el muchacho.

«Hasta luego, Zuza. Y dale recuerdos a tu madre, ¿eh?».

Zuza se va, andando cada vez más rápido, atento tal vez a su curiosidad, que crece a cada paso, mientras en la ventana de doña Ismênia vuelven las risas con fuerza renovada.

Agachada todavía junto al caballo, la niña desvía los ojos de la ventana y ve, ya lejos, a los tres chiquillos que arrastran los sacos de paja por el suelo de tierra, como si fuesen tres pequeños arados, uno junto al otro, que dejasen a su paso surcos estrechos a lo largo de la calle.

Cuando el caballo aparta las patas traseras la niña ve, escondido en lo alto entre las extremidades, su sexo voluminoso de alquitrán. Ella cambia rápidamente de postura, se echa hacia atrás, con los bracitos estirados, las palmas de las manos plantadas en la tierra. Incluso así recibe las salpicaduras de la fuerte rociada, del chorro de orina que deja un charco en el suelo. El temor de sus ojos aumenta con la carcajada de los mozos de cuerda, dos criollos musculosos y un blanco rechoncho, que duermen la siesta en la acera, tendidos a la sombra de un árbol.

«No juegues con la tranca del caballo, niña», bromea uno de ellos, moviendo el sombrero como si fuera una calabaza de mate, en un gesto obsceno que provoca las carcajadas de los otros dos. «No juegues con esa tranca, que está embrujada».

Asustada, la niña busca con la mirada la ventana de doña Ismênia, pero sólo encuentra el almohadón abandonado en el alféizar, percibe apenas un bulto agitado cuya risa se enreda en el encaje de la cortina. Se levanta de un

salto, tropieza con la carreta parada casi enfrente de la máquina de trillar arroz y sale disparada.

Respirando con la boca abierta, ya en la esquina de la calle principal, sigue desde allí con la mirada al camión viejo, que se acerca, levantando una polvareda amarilla, con la carrocería bamboleante, haciendo un ruido del demonio en esa hora de la siesta cuando todo está tranquilo. El camión pasa, pero la niña sigue allí, con el dedo en la nariz, mirando indecisa aquí y allá.

«Dov'è il bambino?».

Todavía en la esquina, el dedo obstinado en la nariz, la niña sigue indecisa. Pocos pasos a su derecha, una niña con una falda azul y la blusa blanca sale de casa colocándose la cartera escolar y la fiambarrera en bandolera, oliendo a limpio de la cabeza a los pies. En cuanto pasa la niña de uniforme, con sus andares menudos y altivos, la primera deja la esquina y la sigue algunos pasos atrás. Los calcetines hasta la rodilla, blancos, y los pliegues de la falda, como gajos en perfecto orden, maravillan a la niña sucia y descalza, que se come también con los ojos las trenzas cortas, doradas, dos bizcochos de pastelería. La niña de uniforme, que hasta el momento no se había girado ni una sola vez, para de repente y se vuelve.

«¡Oh!», dice, y moviendo la mano abierta tocando con el pulgar la punta de la nariz, hace una mueca ordinaria y le saca la lengua, tan larga e inesperada que casi asusta a la niña de atrás, que se queda un buen rato allí parada, mirando cómo la niña de uniforme se aleja muy tiesa, como si fuese una muñeca de porcelana.

Despreciada, tarda en reparar en el grupo de hombres de la barbería de al lado, conversando animadamente a media voz alrededor de un hombre de carnes fofas. Ella se acerca entonces tímidamente al umbral y, en la acera, se apoya en la pared del salón. Recorre con los ojos la estantería de espejo, dirige después su atención hacia el enorme frasco de loción amarilla, y descubre, con un punto de ex-

trañeza, los mechones de cabello, suaves tal vez, junto a la silla giratoria. La rubia desnuda de la foto de la pared sólo lleva una estola sobre los hombros, que cae peluda sobre los brazos abiertos dejando bien a la vista los pezones. De soslayo, el ojo de la niña vislumbra también el retrato enmarcado de Getúlio Vargas, colgado al fondo, sobre la puerta.

La cháchara del hombre fofo llega poco definida y débil desde el centro del círculo, nadie se mueve mientras él habla, y el barbero, que luce una cabellera de cantante de tango y un diente de oro que muerde siempre el labio inferior, tiene el brazo estirado hacia fuera del círculo, empuñando la navaja aún abierta, con un montoncito de espuma en la punta. Otro tipo parece un fantasma, sobre la ropa lleva una sábana blanca llena de pelos cortados. La mitad de la cara está llena de espuma, la otra ya tiene la barba rasurada. El fantasma tiene una voz fuerte, da miedo: «¡Una buena paliza!», dice. «Eso es lo que su hijo necesita», sentencia a cada pausa que se hace en la conversación.

«Ya verá lo que le espera», dice el hombre fofo. «Nadie se libra. Es lo que yo digo, siempre lo he dicho, eso es lo que dije una vez: “El Gallego es un hijo de puta; Alfeo, el de la pensión, es un hijo de puta; Zé-Elias es un hijo de puta, todo el mundo sabe lo que amaña cuando pita un partido; Nenê, Garcia, Tónico-da-luz, João Minervino, Nelão, el de la barbería”, tú mismo, Nelão, “Nelão, el de la barbería”, dije, afilado como la navaja que usas, “Nelão también es un hijo de puta...”».

«¿Qué coño estás diciendo?», dice el barbero, frunciendo el ceño. «¡Aclara eso, joder!», dice, empezando a preparar un gruñido.

Las manos gordas del hombre fofo piden silencio en el aire.

«¿Quién de todos esos tipos que se pasan el día en la zapatería de Filó no es un hijo de puta? En realidad, no hay nadie, nadie en esta ciudad, o en no importa qué ciudad,

que no sea un hijo de puta. Y vosotros no tenéis que recordarme lo que yo ya sé: sé mejor que nadie que yo también soy un hijo de puta, pero eso no me impide decir que él, Américo, ése sí que es un hijo de puta, y que ya verá lo que le espera».

«Eso no, amigo, eso no. Deja de decir lo que vas diciendo por ahí de Américo y de su hijo y vamos a dejar claro eso de "hijo de puta" antes de que empiece a revolver la mierda con las cosas que Américo siempre ha dicho de ti», dice el barbero armando un pequeño alboroto.

Los sombríos mofletes del hombre fofo empiezan a brillar con el sudor que transpira.

«Si tú crees que eres un hijo de puta, ése es tu problema, no seré yo quién te prohíba sentirte así, puedes creer eso y más, y te digo que incluso puedes creer que eres lo que Américo anda diciendo de ti, pero de ahí a lo que estás soltando..., eso no, hombre, eso no, ¡mi madre es una santa!».

El hombre fofo coge el pañuelo para secarse la cara como si fuese una borla de polvos de arroz.

«¡Una paliza! ¡Una paliza!», repite el fantasma aislado, con su voz que repercute como el tambor de la banda. «¡Una paliza! ¡Eso es lo que su hijo necesita!».

«¡Mi madre es una santa!», insiste el barbero desbaratando el círculo cada vez que levanta exaltado el brazo enarbolando la navaja. «¡Mi madre es una santa!».

Y un tipo bajito, siempre nervioso pero ajeno a los gritos del barbero, se baja la mano hasta el sexo y, agarrándolo como una pelota a través de la tela de los pantalones, dice mientras lo sacude: «Esto es lo que necesita la flor de su hijo, esto».

La niña no despega el ojo de la bola de tela del bajito, pero el círculo se recompone, se calla de repente y el hombre fofo, dándose toques todavía con el pañuelo en la frente, sale por un momento del apuro con un buen pretexto: «¡Vete niña!», dice con aire protector.

Escabulléndose en un plis-plas, la niña desaparece de allí. Se para en la esquina y dirige los ojos a la calle que cruza la principal: no muy lejos, un grupo de chiquillos, armados con palos de escoba, ataca a gritos a un perro y a una perra apareados, unidos uno al otro como una longaniza. Como se mueven en direcciones contrarias, los animales no consiguen salir de allí y se dejan golpear hasta que uno de los chiquillos les echa encima un cubo de agua caliente. El perro y la perra se largan gañendo, en direcciones opuestas. El perro se pierde de vista, mientras la perra, que se acerca a la niña, se arrima a un muro. Con la cabeza entre las piernas delanteras se lame ansiosamente la quemadura del trasero.

La niña se aparta apenada, pero vuelve a pararse después de algunos pasos, frente a la escuela de doña Eudóxía. Espía tímidamente a través del cristal de una de las ventanas; están todos quietos en la clase. Parálitica, la vieja maestra está siempre en aquella silla del rincón, junto a la pizarra, con las zapatillas de lana en el suelo, los pies sobre el taburete cubierto por la raída manta a cuadros que le protege también las piernas. Pero sujeta firmemente el libro, que hojea lenta, como si escogiese la lección. Todos los alumnos tienen un libro abierto sobre el pupitre, y cada vez que doña Eudóxía pasa una página, todos los niños la pasan también.

La niña observa maravillada el grabado colorido del caballete: un zapatero examina una suela estropeada en su mesa de trabajo, mientras una niña pobre y descalza espera junto a él. Qué pena, por la cara del zapatero parece que el zapato no tiene arreglo... ¿Qué historia contará cada uno?

La atención de la niña se desvía hacia el chiquillo que deja de pasar la página mientras los otros aún la pasan y empieza a mover la mano como un abanico frente a su nariz. Doña Eudóxía para de hojear el libro, mira por encima de las gafas, frunce los labios como un gran pico y empieza también a mover la mano. El abanico de los niños va y vie-